



Un taller de Escritura

Per Ana Álvarez

Expectativas vs realidad

Nada más entrar en el edificio sentí el olor a puchero mezclado con el de las bolas de alcanfor. Es un edificio regio, solemne, antiguo, ubicado en medio del ensanche de Barcelona. Me dirijo directamente al aula correspondiente.

El espacio asignado es pequeño, asfixiante. Lo albergan personas anónimas, sin rasgos reseñables más allá del promedio de edad, que podría rondar los 70 años. Nadie ni nada a mi alrededor llama mi atención; todo bastante monocolor, bastante plano.

Tomo asiento con la mirada entre atónita y reservada; diría que suspicaz. El asiento es la típica silla de colegio, con una extensión en forma de brazo para apoyar el cuaderno y escribir. Silla de estudiante en una clase de gente mayor; toda una paradoja.

Ya ubicada oteo a mi alrededor. Sin disimulo. Estoy inspeccionando el lugar donde voy a pasar 90 minutos todos los miércoles de este trimestre. Observo que detrás tenemos un par de ventanas altas a la par que estrechas, que llegan hasta el suelo. Son puertas que en algún momento pueden permitirte salir y asomarte al mini balcón. Están cerradas, evitando que entre el mundanal ruido del centro de la ciudad para estrellarse directamente en nuestros rostros. Este hermetismo alimenta la claustrofobia del lugar, donde veinte personas compartimos un aula de cinco metros de ancho por seis de largo.

Entra la profesora. Debe rondar los cuarenta años de edad. Parece una escocesa vestida de adolescente; toda la apariencia del personaje que encarna la chica pelirroja en la serie de cómics de Scooby Doo. Mismo corte de flequillo, gafas, andares con las rodillas que parecen chocar entre ellas a cada paso y con una sonrisa en la que los ojos se achinan hasta prácticamente desaparecer.

Casi todos los asistentes se conocen. Se nota que repiten el taller. Se permiten licencias de trato informal. Comentarios sarcásticos desafortunados pero que

parecen encajar bien. No me encuentro a gusto, me siento fuera del grupo, como cuando se reparten las cartas en la mesa y a mí no me llega ninguna.

Empiezo a sentir que me arrepiento de haberme apuntado a este taller... Tantas expectativas creadas, y ahora me veo en la tesitura de aguantar un trimestre en un sitio donde mi instinto me dice que voy a perder el tiempo. Me asalta un torrente de pensamientos poco positivos, empezando a pensar que quizás poco me iba a aportar esta experiencia.

Estoy ya analizando que no sé si volveré a la siguiente sesión pese a que he pagado ya los tres meses. Empiezo a cavilar las razones que me llevaron a apuntarme cuando, de repente, la profesora nos dice: “Una niña lectora es una niña solitaria”. Y a continuación nos presenta un texto de M^a Fernanda Ampuero. Leemos un fragmento de su obra *Pelea de gallos*. Abro los ojos, me acomodo en la silla, me sitúo en posición de escucha, despliego mis pabellones auditivos. Es como si, cuando vas a la ópera, arrancase por fin el espectáculo. La profesora pide opinión. Llegan comentarios, observaciones, análisis profundos. Aportaciones de personas lectoras, sabedoras de lo que dicen.

A continuación, pasamos a un análisis de un escrito de Murakami, *De qué hablo cuando hablo de escribir*, 2015. El grupo vuelve a dar su opinión. Sus interpretaciones. Conexiones y referencias con otros libros del mismo autor que también han leído. Ahora estoy absorta. Y me siento absurda.

Ese grupo de personas crece delante de mí con sus anotaciones, con sus referencias literarias; de repente hacen la sala grande, la llenan de luz y aire fresco.

Finalmente me congratulo de estar en este taller y entonces es cuando me pregunto: “¿Estaré al nivel?”.